

Solemnidad de Cristo Rey (20-11-22)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos muchachos y muchachas, chicos y chicas:

Es una alegría celebrar hoy día junto con ustedes porque estamos en un domingo muy especial, el domingo en que se proclama a Jesucristo Rey y Señor del Universo, y en donde se presentan unas lecturas completamente contrarias a todo lo que nosotros entendemos por un rey poderoso. Se nos habla siempre de un rey muy distinto al que los humanos nos imaginamos. Como decía el Papa, hoy día, en el pueblo de Asti, un rey que no está en su trono ni manda como si fuera un dictador que agrede a la gente, lleno de joyas y de perfumes, sino un Rey humilde y sencillo que, entonces, reina, porque está en el corazón de los últimos de la Tierra.

Y estas lecturas son muy interesantes porque nos presentan esa imagen, primero, en la figura de David (2 Sm 5, 1-3), porque se nos dice que, mientras reinaba Saúl, David era el que andaba con el pueblo luchando en todas las batallas, es decir, David era, más bien, uno del margen. Él fue un muchacho que era el último de sus hermanos, y cuando Samuel por primera vez lo unge, le pregunta a su papá, a Jesé:

- ¿Ya no te quedan más muchachos? ¿No te sobra uno por allí?”

- “Ah, sí, el pequeño, está cuidando el rebaño”, responde Jesé.

“Está comprando el pan”, como se hace siempre en las casas. El último siempre tiene esas tareitas. Y el Señor, más bien, elige al rey de aquel que está en el último lugar.

Y en este texto hay una cosa muy linda, porque no solamente es el último, sino es el que acompaña a la gente

mientras el rey gobernante, pues, no hace mucho. Saúl no era un rey muy adecuado, era un poco imprudente y un poco agresivo, y tenía un “genio de los mil diablos”. Y, por esa razón, entonces, Dios dice: *Tiene que venir alguien que tenga un poco más de genio y de entusiasmo y que esté en el corazón de la gente.*

Hoy día, en la traducción de la Primera Lectura, se dijo una cosa que no es tan cierta: “Somos de tu misma sangre”. En la traducción original dice: “*Tú eres de nuestra carne y de nuestro hueso*”, igualito como le dice Adán a Eva: “*Esta sí que es carne de mi carne y hueso de mis huesos*”, “carnecita mía”, “huesito mío”. Ese es el primer piropo de la historia y, por eso es que, también, aquí la gente dice: “Este sí que es nuestro, es hueso de nuestros huesos y carne de nuestra carne”. Y eso necesita ser la Iglesia, “hueso de los huesos” de la gente, de los pobres, de los humildes; “carne de la carne” de los jóvenes, que tienen sus problemas y que necesitan de un Mesías que realmente los dirija. Y ese Mesías no es un ser mágico, un superhombre, es una persona comprometida que conoce la vida de la gente, conoce sus trajines y problemas y se identifica con ellos.

Por eso, en la Segunda Lectura de la Carta a los Colosenses (Col 1, 12-20), que es un himno precioso (es uno de los primeros himnos de la Iglesia, compuesto por la Iglesia), se dice esta frase sobre Jesús: “*Él es imagen del Dios invisible*”. He escogido esta frasecita de todo el himno porque, justamente, empalma con lo que estamos viendo. Nuestro Mesías, entre las cosas que tiene, es que es “invisible”, no en el sentido que no lo podamos detectar ni ver, sino en el sentido de que se *coloca en el lugar de los invisibles*, de aquellos que, sufriendo, nadie se da cuenta, de aquellas personas que nosotros hacemos invisibles porque no queremos ver la realidad.

Y eso es uno de los problemas más serios en la Iglesia: haber invisibilizado a Jesús, pero como Él es imagen del Dios “invisible” que actúa en lo visible, entonces, tenemos que, más bien, tratar de detectarlo, de comprenderlo y de descubrirlo.

Por eso, hoy día, descubrimos que Jesús es el Rey del Universo porque es el Rey que mora en lo invisible de la Tierra y, por eso, muere en un patíbulo, en una Cruz... ¡y no se baja! Y no se baja, justamente, para no agredir a nadie, para llamar a la paz, para hacer de toda la historia, una historia de esperanza, una historia de paz.

Hoy día, entonces, empezamos este camino que inicia la Jornada Mundial de los Jóvenes que terminará en agosto de 2023 en Lisboa, y que, ahora, en este tiempo, el Papa ha querido recoger en el texto de María: *“María se levantó y partió sin demora”* ...a servir.

Nuestra gran misión es esa. Siempre el joven está llamado a levantarse por su propia naturaleza, pero el Señor alienta a los jóvenes porque, en muchos momentos de la historia, se les ha despreciado, se les ha colocado como “carne de cañón”, se les ha formado para el servicio militar, para que estén haciendo las ocupaciones más insignificantes de la Tierra. Pero el Señor quiere que se levanten, como dice el Papa: “¡que hagan lío!”, para que las cosas se reordenen y, por lo tanto, estamos llamados a tener atención, sobre todo, a las iniciativas que ya los jóvenes están tomando hoy día.

Hace poquito, en la televisión, salieron los jóvenes universitarios de San Marcos con los de San Martín, y de otras universidades de Lima. Varios salieron, los entrevistaron y decían: *Es cierto que tenemos que solucionar los problemas sociales y políticos del país, pero tenemos que empezar por hacer algo, por ya empezar a solucionarlos, efectivamente, en lo que podemos. Y, para*

eso, nos hemos organizado, decían. Por ejemplo, se puede organizar una alianza entre los jóvenes universitarios y la policía para que haya menor delincuencia y menor agresión en las calles. Eso sí se puede hacer y hay que hacerlo.

Este caso (el de los jóvenes universitarios) es muy parecido a lo de las señoras de las ollas comunes que también se organizaron. Y muchos de ustedes se organizaron y colaboraron voluntariamente para ayudarlas, y toda nuestra sociedad se unió también para que hubiera qué comer, para entregar esas “semillas” de Santa Rosa que todos recordamos y que tenemos que seguir compartiendo.

Chicos y chicas, esta Jornada Mundial que viene es para levantarnos y correr de prisa, sin demora, para actuar en favor de los más necesitados. Y tenemos que ver la manera de ya, como sociedad, nosotros, como cristianos, inspirar y ayudar a fortalecer las iniciativas que los jóvenes están tomando, y no esperar a que, algún día, estemos en el gobierno o en el congreso.

Hay que desmontar la idea de que, para solucionar los problemas, se tienen que hacer desde arriba. Los problemas se solucionan desde abajo y, poco a poco, se va organizando para que luego también se solucionen desde arriba. Sobre todo, lo hemos experimentado en nuestra propia Pastoral Juvenil que, cuando las cosas las hemos hecho desde abajo, con el consenso de todos, escuchándolos a ustedes. Allí, se ve que ustedes son unas “fieras”, en el sentido de que ustedes tienen una capacidad enorme de organizarse, de sacar adelante las cosas, pero, cuando los tratamos para que reciban órdenes, ustedes, inmediatamente, dicen: “¡este qué se ha creído!”, porque no estamos para dar órdenes, estamos para compartir el camino juntos y hacer pasos definitivos para que la Iglesia sea una Iglesia que descansa en sus laicos jóvenes y en los laicos y laicas de toda la Arquidiócesis.

El Papa quiere una Iglesia hecha por el pueblo de Dios, y requiere que todo lo conversemos sinodalmente, lo arreglemos, lo conversemos desde el inicio, desde la primera iniciativa. Y, por eso, sí es cierto que tenemos muchas iniciativas, todos; pero no tenemos derecho a inventar una iniciativa, a armar todo y después a decirles: a ver, ¿qué piensan? ¡No! Desde la raíz hay que decir qué podríamos hacer juntos.

Hoy día, inauguramos la nueva etapa, entonces, de la Pastoral Juvenil de Lima, en donde cerramos el camino que hemos hecho este año, después de 2 años de Pandemia en donde se reunieron los jóvenes para debatir y organizarse bien. Luego de este primer año de ensayo, y ahora, entonces, otra vez, haremos una amplia asamblea general de todos los grupos juveniles de la Iglesia de Lima para que, juntos, decidamos la organización nueva que vamos a tener en adelante.

Les agradezco mucho todo el esfuerzo que han puesto ustedes en sus parroquias y que ponen, sobre todo, los catequistas, los que ayudan en la Confirmación, los jóvenes que hacen diversas tareas... ¡hasta los acólitos! Y que ayudan muchísimo a que todos tengamos una Liturgia bonita, llena de vida, llena de alegría. Como dice el Señor: “*¡Ardientemente!*”, así vivimos la fe en comunidad como signo de que el mundo tiene esperanza en la Iglesia, de una Iglesia que quiere colocarse a la altura de la gente, no por encima de la gente.

Les agradezco a todos y que el Señor Crucificado, el “insignificante” de Galilea que murió en Jerusalén crucificado, sea para todos, motivo de colocarnos en el lugar de los insignificantes, de los que no cuentan, para darles fuerza, ánimo y esperanza; sobre todo, en estos momentos, en donde tenemos cantidad de gente que se dice que están con los pobres, pero que, desgraciadamente, los traiciona

con su comportamiento. La única manera de no traicionar es estar insertos en su vida, aprender, escuchar y practicar lo que cada uno escucha de los pobres, y eso requiere trabajo, esfuerzo y comunidad. Y como María, entonces, al final de la Misa, le rezaremos a ella para que nos dé el mismo impulso que la llevó a llevar a Jesús en su seno y realizar la gran tarea de traernos al “invisible” de Dios como visible en la invisibilidad de los postergados.

Que Dios los acompañe, los ayude siempre y que, juntos estemos, hoy día, el momento del Padrenuestro, les pido que todos los responsables de las comunidades que han venido, se acerquen al Altar para rezarlo juntos. Y todos vamos a rezar, hoy día, de la mano, como debe ser, porque somos hijos de Dios, hermanos y hermanas, todos en el Señor.

Amén.